

se acomodó en un rincón, extendió sus piernas, puso su escopeta del mejor modo posible, para evitar sacudidas á dos excelentes cañones de Reynette, y tomadas estas precauciones, dijo al conductor:

— Cuando queráis.

Pero no bastaba que el conductor quisiese; era necesario á la voluntad del conductor añadir la del caballo.

Y en verdad, que nunca se vió un caballo menos dispuesto á obedecer á las intimaciones de su conductor, que el extenuado jamelgo, que acababa de recibir de la Providencia la misión de conducir á Salvador en busca del crimen misterioso, del que le había dado sospechas el reconocimiento de Rosa de Noel con Brasil.

En fin, después de diez minutos de lucha, el animal, vencido, se decidió á ponerse en camino.

— ¡ Ah ! dijo el conductor con la seguridad de un hombre que conoce su caballo á fondo, he aquí uno que si llegase á tener doce mil libras de renta, no por eso compraría un cabriolé.

CAPÍTULO IX.

Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS.

Tendríamos sumo placer en referir la conversación de Salvador, el conductor y el perro. El relato de esta conversación mostraría una vez más al lector la reputación universal de Salvador. Pero tendremos tantas ocasiones de hacer resaltar las cualidades eminentes de nuestro héroe, que despreciaremos los detalles.

Llegaron á Juvisy.

Eran las diez de la noche, poco más ó menos.

Saltó Salvador del carruaje, y Rolando saltó detrás.

— ¿ Pasáis la noche aquí, Mr. Salvador ? preguntó el cochero.

— Probablemente, amigo mío.

— ¿ Os he de esperar ?

— ¿ Hasta qué hora cuentas tú con permanecer ?

— Pero eso dependerá... Si tuviera la esperanza de volveros á llevar, esperaría aunque fuese hasta las cuatro de la mañana.

— Pues bien, entonces, si te contentas con la misma suma por llevarme que por traerme...

— ¡ Oh ! bien sabéis, Mr. Salvador, que os llevaré por el único placer de haceros un servicio.

— Pues bien, entonces, está dicho, espera hasta las cuatro de la mañana, y á esa hora, haya vuelto ó no, puedes marcharte. Aquí tienes diez francos, cinco por la vuelta y cinco por la vuelta.

— Pero ¿ y si no os llevo ?

— Pues bien, los cinco francos serán por haberme esperado.

— ¡ Bah ! como queráis, y se beberá á vuestra salud además, Mr. Salvador.

Salvador hizo un movimiento de cabeza como quien da gracias, y desapareció por una callejuela que daba á la llanura, llamando á Rolando.

Rolando ó Brasil, como se quiera llamarle, porque nosotros le daremos indiferentemente estos dos nombres, era un animal de una inteligencia admirable. Desde el momento de la partida, parecía haber comprendido adónde iban, y hasta con qué objeto iban.

Así que, Salvador se debaja en cierto modo conducir por él.

Al cabo de cinco minutos, estaba en las Fuentes de la Corte de Francia.

Atravesó el camino, y se internó en la llanura.

Salvador continuaba siguiéndole.

Rolando cortó á través de los campos, y condujo á Salvador al foso donde siete años antes le había encontrado herido, sangriento, y atravesado el cuerpo por una bala.

Llegado allí, se acostó el perro y lanzó un sordo gemido, como para decir: Me acuerdo de mi herida: después, levantándose, vino á lamer la mano de Salvador, como para decirle: Me acuerdo de mi salvador.

¿ Quiere ahora el lector conocer exactamente la localidad adonde conducimos nuestro drama? ¿ quiere ver de antemano el terreno que vamos á recorrer?

Nada más fácil.

La aldea de Juvisy, ó la Corte de Francia, que sólo dista de aquélla un centenar de pasos, forma justamente el vértice del ángulo de las dos líneas férreas de Corbeil y Orleans. Es decir, que marchando de París á Essone, y deteniéndose en Fontainebleau, se tiene á la izquierda la vía férrea que conduce á Corbeil, y á la derecha la que conduce á Etampes y Orleans.

Allí el país es poco pintoresco.

Pero avanzad cien pasos á la izquierda, es decir, hacia el Sena, hacia esa pequeña aldea de Chatillón, que de lejos hace el efecto de una sola cabaña de pescador asentada sobre la escarpada orilla del río, y entonces descubriréis inmensos horizontes de montecillos y florestas; entonces, si tenéis el capricho de desatar una barca de la

orilla, y costear el Sena á la claridad de la luna, oiréis, á través de la floresta de Senart, que parece elevar sus mil brazos al cielo, rumores tristes como quejas, murmurios melancólicos como plegarias.

La floresta de Senart es á Fontainebleau, lo que Fontainebleau á las rocas de la Suiza.

La floresta de Senart es el Fontainebleau de París, y Fontainebleau es la Suiza de la Francia.

Ahora, si en vez de tomar á la izquierda tomáis á la derecha, es decir, hacia Etampes y Orleans, el país es desigual de una manera distinta.

Entonces encontraréis á Savigny, célebre por su magnífico castillo, construido en tiempo de Carlos VII; á Mortán, célebre por su manteca; á Viry, célebre por sus quesos; aldeitas en las cimas de verdes montecillos, ó perdidas en el fondo de un pequeño valle en medio de grupos de árboles, que parecían apretarse unos contra otros, para formarse una muralla.

Después, dominando todo el paisaje, la torre de Montlhery, que de lejos vela día y noche como un centinela atento, con el arma al brazo y los ojos abiertos, en el punto más elevado del horizonte; un riachuelo, el Orge, lanzado á través de todas aquellas aldeas, como una banda ondulante, donde todo el día resuena sobre la orilla la pala de las jóvenes de las aldeas vecinas, como á medianoche la pala de las lavanderas de las leyendas.

En fin, mil accidentes de terreno inesperados; sauces que empapan sus blondos cabellos en los arroyos, y que cuando el viento los balancea hacen salir al sol gotas brillantes como diamantes; casas blancas, senderos verdes, un aire puro, una brisa que parece el aliento de un país virgen, todo da á este encantador rincón de la tierra un

perfume de dulzura y serenidad, que en vano se buscaría en otra parte.

Una palabra más, la última, y la última coincidencia.

Las dos pequeñas aldeas, Viry y Savigny, se asemejan hasta el punto de equivocarse á sus dos homónimos, es decir, á las dos aldeas, Viry y Savigny, situadas á dos leguas de Ginebra.

Entre estas dos aldeas primeras, es decir, á la derecha del vértice del ángulo que forman hoy las dos líneas férreas que no existían en la época á que nos referimos, se encontraba el foso que Rolando acababa de reconocer de una manera tan inteligente, por haberle servido de lecho de dolor.

— ¡ Ah ! dijo Salvador, ¿ es, pues, ahí, mi buen perro ?

— Sí, dijo Brasil lanzando un gemido.

— Pero no hemos venido sólo para reconocer este sitio, ¿ no es verdad, mi pobre Brasil ?

Levantó el perro la cabeza, miró á su amo, brillaron sus ojos en la obscuridad como dos carbunclos y se lanzó adelante.

— Sí, sí, murmuró Salvador, has comprendido, mi bravo compañero. ¡ Ah ! cuántos hombres que te desprecian como un bruto, son sin embargo menos inteligentes que tú. Ven, ó más bien vamos... te sigo.

Brasil parecía que se alejaba del foso con alegría. El animal conservaba, como lo hubiera conservado el hombre, el sentimiento del dolor pasado en el fondo de su memoria.

Siguió durante cuatrocientos ó quinientos pasos el camino de Juvisy, después, habiendo llegado á una pequeña altura, se detuvo y olfateó la tierra en derredor de sí.

Un sendero que conducía á un puente costeaba aquella altura, delante de la que parecía vacilar Rolando.

— Busca, Rolando, busca, dijo Salvador.

Detúvose Rolando como desanimado.

— Vamos, Brasil, vamos, mi buen perro, repitió Salvador.

El nombre de Brasil pareció devolverle su ánimo.

— ¡ Busca ! continuó Salvador, ¡ busca !

— Un momento, mi amo, pareció responderle el perro, también es preciso que yo me acuerde.

Acercóse á él Salvador, pronunciando palabras cariñosas, acariciándole á la vez con la voz y con la mano. Pero Brasil, como un perro absorto por un gran pensamiento, y comprendiendo la importancia de la resolución que iba á tomar, parecía indiferente á aquella voz y aquellas caricias que le hacían tan feliz de ordinario.

De repente levantó la cabeza como iluminado, miró á Salvador, y pareció decirle :

— Ya estoy, amo mío.

— ¡ Anda, mi buen Brasil ! ¡ anda ! dijo Salvador.

Lanzóse el perro de la altura, y bajó rápidamente el sendero que conduce al pequeño puente de que hemos hablado.

Es un puentecito de dos arcos, y que se llama *e* *Puente Codeau*.

Seguíale Salvador con la rapidez del cazador que conoce que su perro camina sobre un rastro.

Llegado allí, entró el perro en una calle de manzanos floridos.

La obscuridad impedía que se viesen aquellos árboles hermosos, cubiertos con sus rosadas flores ; pero la atmósfera estaba toda perfumada con su olor.

Salvador siguió á Brasil por aquel nuevo camino, verdadero camino normando, verde y fresco.

Brasil marchaba precipitadamente, sin detenerse un segundo, sin mirar atrás.

Hubiérase dicho que se sentía seguido de cerca por su amo.

Es verdad que Salvador, al par que le seguía, le decía por lo bajo, pero con esa voz estridente que tanto excita á los perros á buscar:

— ¡ Busca, Brasil ! ¡ busca !

El perro continuaba andando.

En aquel momento hubo una claridad en el cielo. La luna salió de un profundo océano de nubes negras, y llegaron delante de la reja de un parque.

Entonces, ¡ cosa extraña ! en el momento en que la luna se presentaba clara, ancha y alta, volvióse el perro, miró al cielo y aulló lamentablemente.

Era preciso tener la calma y el valor de Salvador para no ser presa de un estremecimiento de terror, en medio de aquella noche silenciosa ; en aquella hora en que la luna da á todos los objetos aspectos fantásticos, y en la que no se oía otro ruido que los ladridos lejanos de los perros que vigilan en las quintas y el murmurio de las ramas secas que se rozan las unas con las otras haciendo un ruido semejante al de los esqueletos que se balancean en las horcas.

Salvador comprendió el pensamiento del perro.

— Sí, dijo, mi buen Brasil, si, has dejado esta casa en una noche semejante, ¿ no es verdad ? Busca, Brasil, busca, que trabajamos por tu pequeña ama.

El perro permaneció inmóvil delante de la reja.

— Pues bien, si, ya lo veo, dijo Salvador, detrás de esa reja estaba la casa donde viviste con tu señorita, ¿ no es verdad ?

El perro parecía comprender. Iba á lo largo de la reja, ora de izquierda á derecha, ora de derecha á izquierda, agitando fuertemente su larga cola y frotando con ella todos los barrotes.

Hubiérase dicho que era uno de esos hermosos leones del Jardín de las Plantas, surcando con majestad el suelo de su jaula.

— Vamos, Brasil, vamos, dijo Salvador, no podemos pasar la noche aquí. ¿ No hay una entrada ? Busca, mi buen perro, busca.

Entonces pareció que Brasil tomaba un partido. Hubiérase dicho que reconocía que por aquel lado era imposible la entrada. Púsose, pues, á correr rápidamente á lo largo de la pared unos ciento cincuenta pasos ; en seguida se detuvo y se enderezó, apoyando su hocico contra la piedra.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo Salvador, hay algo aquí, según parece.

Acercóse á la pared, miró con atención, y á pesar del estremecimiento de las ramas de un árbol, cuya sombra se interponía entre él y la claridad de la luna, vió dibujarse en medio del tinte gris y uniforme de la pared, una plancha irregular de yeso que diseñada un círculo de cuatro ó cinco pies de circunferencia poco más ó menos.

— Bueno, amigo Brasil, bueno, dijo Salvador, había ahí una brecha, que te admira no encontrarla ya ; contabas con volver á entrar por el mismo camino ; pero el propietario lo ha puesto en muy buen orden. Está bien esto, ¿ no es verdad ?

Miró el perro á Salvador como para decirle :

— Está bien, en efecto. Ahora ¿ cómo vamos á hacer ?

— Si, ¿ cómo vamos hacer ? repitió Salvador. Fuera de que no poseo ningún instrumento de los que sirven para

perforar una pared, no dejaría de acusárame de fractura y tendría mis cinco años de trabajos forzados, lo que no puede ser tu intención, mi buen Brasil... Y sin embargo, mi bravo amigo, tengo tanta curiosidad como tú de visitar ese parque; en primer lugar, porque me parece bello; en segundo, porque imagino, no sé por qué, que encierra algún secreto importante.

El gruñido de Rolando, ó más bien de Brasil, pareció corroborar estas palabras.

— Pues bien, Brasil, no deseo otra cosa, dijo Salvador divirtiéndose, como artista y observador, con la impaciencia de su perro; ¡veamos! encuentra el medio, puesto que te enfadas. Espero, mi buen Brasil, espero.

Brasil parecía que no perdía una palabra de lo que decía su amo. Así que, no pudiendo por sí solo aplicar el medio, se contentó con indicarlo.

Doblóse sobre sus patas traseras, y se lanzó con tanta fuerza, que la extremidad de sus patas llegó á la cima de la pared.

— Eres la suprema prudencia, mi querido Brasil, y tienes completa razón, dijo. Es inútil horadar una pared, cuando se puede pasar por encima. Esto no es fractura, no es más que un escalamiento. Escalemos, mi buen perro, escalemos, estás en tu casa aquí, al menos según creo, y á ti te corresponde hacerme los honores. Vamos, arriba.

Y con aquellos dos brazos, de que hemos visto servirse á Salvador tan valientemente respecto á Bartolomé Lelong, llamado Juan Taureau, en uno de los primeros capítulos de esta historia: con aquellos dos brazos de músculos de acero, levantó al gigante perro á la altura de la pared, con la misma facilidad que una marquesa ó una duquesa levanta un falderito hasta sus labios.

Levantado así el perro, tocaba con sus dos patas delanteras la cima de la pared; pero necesitaba un punto de apoyo para lanzarse.

Bajó Salvador la cabeza, la apoyó contra la muralla, puso cada una de las patas traseras del perro sobre cada uno de sus hombros, y poniendo á Brasil bien en equilibrio sobre aquella base, que parecía un poste de granito:

— Vamos, salta, Brasil, dijo.

— Y Brasil saltó.

— Ahora, dijo, yo á mi vez.

Y asegurando sólidamente su escopeta sobre su espalda, alcanzó, saltando, la cima de la pared, y quedó allí suspendido por las manos; en seguida, á fuerza de puños, y con ayuda de las rodillas, llegó, con una facilidad que indicaba su costumbre en los ejercicios gimnásticos, á ponerse á horcajadas sobre la pared.

Hallábase allí cuando oyó el trote de un caballo, y vió acercarse rápidamente á un caballero envuelto en una capa.

El caballero seguía el camino que iba á lo largo de la pared.

Apresuróse Salvador á echar todo su cuerpo al lado del parque, sostenido por el admirable vigor de sus brazos; sólo su cabeza salía por encima de la pared. Un árbol proyectaba su sombra sobre él, y necesitaba el caballero una atención particular para poder verle.

En el momento en que el caballero pasó á cuatro pasos de Salvador, brillaba la luna en todo su esplendor, de modo que Salvador pudo distinguir las facciones de un joven de veintinueve ó treinta años.

Aquellas facciones le causaron sin duda un grande asom-

bro, porque con un movimiento calculado de las manos y las rodillas, se dejó ir hacia atrás, y soltándose de la pared, cayó al lado de Brasil, diciendo:

— ¡Loredán de Valgeneuse!

En seguida, después de un momento de silencio y de inmovilidad, de lo que el impaciente Brasil nada parecía comprender, añadió:

— ¿Qué diablos viene á hacer aquí mi querido primo?

CAPÍTULO X.

EL PARQUE DONDE EL RUISEÑOR CANTABA.

Escuchó Salvador hasta que se extinguió el ruido del trote del caballo, y entonces miró en derredor de sí.

Hallábase en un inmenso parque, y en la parte más densa de él.

Brasil parecía que no aguardaba más que una orden para volver á ponerse en camino. Estaba sentado; pero el estremecimiento de su cuerpo descubría su impaciencia, y sus ojos brillaban en la obscuridad como dos fuegos fatuos.

La luna se deslizaba por un cielo nublado, y tan pronto iluminaba vivamente la tierra, como desapareciendo detrás de una ola de vapor sombrío, volvía á hundir la tierra en la obscuridad.

No sabiendo Salvador adónde iba á conducirle el perro, esperó uno de aquellos momentos de tinieblas, que le permitiese arriesgarse en los claros.

Aquel momento no tardó en llegar.

Tal vez mentiríamos si dijésemos que el corazón del joven no latía. Pero como la conciencia del motivo que le conducía le tranquilizaba, hubiera sido imposible ver sobre su rostro el reflejo de los pensamientos que le agitaban.

Solamente soltó su escopeta del hombro, introdujo la baqueta en los dos cañones, para asegurarse de que los tacos estaban unidos á la carga, levantó los rastrillos para examinar el cebo, puso la escopeta al brazo, en vez de colgarla por el portafusil, y aprovechándose de un momento en que el cielo y la tierra habían vuelto á quedar sombríos:

— Vamos, mi buen perro, vamos en marcha, dijo.

Lanzóse el perro adelante, y Salvador siguió al perro.

Pero esto no era cosa fácil, las zarzas y las plantas jóvenes habían brotado por todas partes, y formaban matorrales, donde la caza debía permanecer con delicia, pero donde el hombre maniobraba difícilmente.

Á cada instante se elevaba un ruido rápido y brusco en los matorrales á derecha é izquierda, delante y detrás de Salvador. Era alguna liebre ó algún conejo que echaba á correr, admirado de verse turbado en su albergue.

Llegaron á una calle en que la hierba tenía pie y medio de altura.

Esta calle conducía á una especie de pradera. En el fondo de esta pradera se veía una superficie negra, que de repente brilló como un espejo de plata.

La luna salía de entre unas nubes é iluminaba el agua tranquila y profunda de un estanque.

En derredor de aquel estanque y de trecho en trecho se destacaban estatuas mitológicas como fantasmas inmóviles.

Brasil parecía que tenía prisa por llegar á aquel estanque. Pero Salvador, no sabiendo si la casa á que debía pertenecer aquel parque estaba habitada ó no, siguió á lo largo del bosque, de modo que pudiese internarse en la maleza al primer motivo de temor, y contuvo el ardor de su perro, que obediente á su palabra, marchaba á diez pasos delante, sin separarse más que si hubiese estado sujeto con un collar de fuerza.

Había algo profundamente fúnebre en el aspecto de todos los objetos que veían los ojos de Salvador.

— Me sorprendería mucho, murmuró, el que no se hubiese cometido en este paraje algún crimen espantoso. La sombra es aquí más negra que en otras partes, y la luz más pálida, los árboles tienen un aire afligido que oprime el corazón. No importa, ya que estamos aquí, sigamos.

Y habiendo pasado de nuevo por delante de la luna una nube más espesa que las otras, resolvió Salvador aprovechar las tinieblas que aquel velo aéreo esparcía sobre la tierra para aventurarse á atravesar el intervalo descubierto que separaba la orilla del bosque de la del estanque.

Sin embargo, á la extremidad del bosque detúvose Salvador, y detuvo á Brasil.

Delante de él, al otro lado del estanque, se elevaba el castillo de Viry como una masa sombría y gigantesca agujereada por una sola luz, que brillaba detrás de la vidriera de un gabinetito.

El castillo estaba, pues, habitado á pesar del estado del parque, que parecía una selva virgen; á pesar del estado de los caminos, que parecían praderas abandonadas, puesto que brillaba una luz en una ventana.

Había, pues, que tomar dobles precauciones.

Dirigió Salvador en torno suyo esa mirada de cazador,

habitado á ver en las tinieblas, y se resolvió á llevar la investigación hasta el cabo.

Y sin embargo, no tenía certeza alguna; vagas sospechas inspiradas por los terrores mudos de Rosa de Noel, y eso era todo.

¿Por qué aquella persistencia? ¿Por qué lanzarse así voluntariamente en busca de lo desconocido? Porque le parecía que ese desconocido era algún crimen horrible y no iba en su busca voluntariamente, como hemos dicho, sino fatalmente, impelido por esa Providencia que se llama casualidad, y que da á las personas honradas una facultad superior, un poder de adivinación extraordinario.

Una espesura de verdes árboles se elevaba á algunos pasos del estanque y ofrecía un abrigo. El estanque parecía ser el objeto de la carrera de Brasil.

Salvador aguardó á que la luna brillase y se extinguiese de nuevo; en seguida, aprovechando el momento en que se ocultaba, ganó la espesura, seguido paso á paso por Brasil, á quien había ordenado que se quedase detrás.

Una vez oculto en la espesura de pinos, acarició Salvador con la mano el cuello de Brasil, y le dijo una sola palabra:

— ¡ Busca !

Al instante se lanzó Brasil hacia el estanque, desapareció entre las cañas que le circundaban, reapareciendo en seguida detrás de aquella cinta de cañas, nadando con la cabeza fuera del agua.

Nadó así durante unos veinte pasos.

En seguida se detuvo, nadó en círculo, en vez de nadar diagonalmente, en seguida se sumergió.

Salvador no perdía de vista uno solo de los movimientos del perro; hubiérase dicho que adivinaba sus intenciones

con la misma inteligencia, diremos mejor, con el mismo instinto que Brasil adivinaba las suyas.

Salvador se enderezó sobre la punta de sus pies para ver mejor.

Al cabo de algunos segundos reapareció Brasil.

En seguida se volvió á sumergir.

Pero reapareció como la primera vez, sin conducir nada á la superficie.

Entonces nadó hacia la orilla trazando una línea que formaba un ángulo, comparándola con la que había seguido para llegar al medio del estanque. Llegado Brasil á la orilla, como si siguiese una pista, dió cinco ó seis pasos con la nariz sobre el césped.

En seguida, levantó la cabeza, lanzó un aullido sordo y lamentable, y volvió á emprender su carrera hacia el bosque.

Pasaba á veinte pasos de la espesura en que estaba oculto Salvador.

Comprendió Salvador, que no sin motivo volvía Brasil sobre sus pasos á entrar en el bosque.

Dejó oír un simple silbido entre sus dientes apretados. Detúvose el perro, doblándose sobre los corvejones, como hace un caballo cuyo jinete tira con fuerza del bocado.

Salvador no quería perder de vista á Brasil, para no tener necesidad de llamarle.

Miró, pues, de nuevo en derredor de sí, y reconociendo que todo estaba silencioso y solitario, franqueó el intervalo que separaba la espesura del bosque con tanta facilidad, como había franqueado el que separaba el bosque de la espesura.

Brasil volvió á ponerse en marcha, Salvador le siguió, y desapareció bien pronto con él en el sol.

Sabía Salvador que todos aquellos movimientos de su perro, por contradictorios que fuesen, tenían una razón para serlo.

No sé quién ha dicho, que en la caza el perro era el cazador y el cazador el perro. Tal vez soy yo, y tal vez también mi amigo León Bertrand, ese gran cazador ante el Eterno, quien sabe todos los misterios de la caza y todas las astucias de la raza canina desde los tiempos antiguos. Repitamos esta verdad, antigua ó nueva; la verdad nunca se repetirá demasiado.

Al volver á entrar en el bosque, perro y amo atravesaron una platabanda, donde comenzaban á renacer las primeras plantas de la primavera, como si á pesar de la sombría fatalidad que pesaba sobre aquella casa maldita, la naturaleza buena y misericordiosa la perdonase floreciendo.

Llegaron á una calle, que se dividía en dos á la extremidad.

Allí aun se detuvo el perro y pareció vacilar.

Uno de los caminos conducía á la huerta.

El otro á un sendero que se internaba en el bosque.

Después de algunos segundos de vacilación, ó más bien de reflexiones, se decidió Brasil por el sendero que conducía al bosque.

Salvador se internó en el sendero en pos del perro.

Marcharon así durante uno ó dos minutos.

Al cabo de este tiempo detúvose aún el perro.

En seguida, en vez de continuar el sendero, entró en una espesura, á la que dominaba un grande árbol, y á cuya orilla se elevaba un banco, que parecía por este lado el término de un paseo.

Salvador entró en la espesura detrás de Brasil.

Allí el perro huroneó un instante á través de las ramas y las hojas muertas que cubrían la tierra.

En seguida apoyó el hocico contra el suelo, aspirando ruidosamente las emanaciones que de él se escapaban.

En fin, llegado al centro de un círculo descrito por él mismo, se detuvo inmóvil, fijo, y en actitud de contemplación.

Hubiérase dicho que intentaba ver á través de la tierra.

— Pues bien, preguntó Salvador, ¿ qué hay, pues, ahí, mi buen Brasil ?

El perro bajó la cabeza hasta el suelo, apoyó en él su hocico, y permaneció tan inmóvil como si no hubiera oído la pregunta de su amo.

— Es aquí, ¿ no es verdad ? ; es aquí ! preguntó Salvador poniendo una rodilla en tierra y tocando con el extremo del dedo el sitio señalado por el perro.

Volvióse el perro vivamente, miró á su amo con sus grandes ojos inteligentes, lanzó un débil gemido, y se puso á olfatear.

— ¡ Busca ! dijo Salvador.

Rolando, gruñendo sordamente, puso sus dos patas, unidas la una á la otra, en el punto en que Salvador había puesto el dedo.

En seguida olfateó de nuevo.

Presentóse al recuerdo del joven el grito de Arquímedes.

Eureka, dijo, como el matemático de Siracusa.

Después, para animar al perro :

— ¡ Busca ! dijo Salvador, ¡ busca !

Entonces, Brasil se puso á arañar la tierra con un furor tal, que se hubiera dicho que el objeto de toda aquella carrera en las tinieblas, de aquella caza nocturna, estaba allí y no en otra parte.

— ¡ Busca ! repitió Salvador, ¡ busca !

Y el perro continuó arañando la tierra con la misma furia.

Al cabo de diez minutos de aquel trabajo, que parecieron un siglo á Salvador, reculó Brasil precipitadamente. Todo su cuerpo parecía agitado por un temblor de terror.

— ¿ Qué hay pues, mi buen perro ? preguntó Salvador, siempre inclinado sobre una rodilla.

El perro le miró y pareció decirle :

— ¡ Miralo por tí mismo !

Salvador intentó, en efecto, ver ; pero la luna estaba oculta, y sus ojos procuraban en vano penetrar la obscuridad, más profunda aún en el agujero abierto por el perro, que en la superficie de la tierra.

Alargó la mano y llegó al fondo del agujero.

Intentaba ver con la mano, ya que no podía con los ojos.

Sus dedos se retiraron crispados.

Acababa de tocar una cosa suave, fina y sedosa.

Tembló á su vez como había temblado el perro, más febrilmente, más terriblemente que si hubiera encontrado el diente de una vibora.

Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

Volvió á poner la mano sobre el objeto terrible.

— ¡ Oh ! murmuró, no hay lugar á equivocarse, ¡ son cabellos !...

El perro, acurrucado, gemía ; el hombre, con el sudor en la frente, vacilaba en tirar de aquella cabellera hacia sí.

La luna, que acababa de salir de detrás de una nube, daba á uno y otro un aspecto fantástico.

En aquel momento acercóse el perro al agujero, introdujo en él toda la cabeza, y Salvador sintió que lamía tiernameamente aquellos cabellos que estaban entre sus dedos.

— ¡ Oh ! murmuró, ¿ qué es esto, mi pobre Brasil ? Pero Brasil levantó la cabeza, y en vez de escuchar á su amo, en vez de continuar lamiendo aquellos cabellos, debajo de los que sentía Salvador modelarse un cráneo, dirigió su mirada hacia el camino, haciendo chasquear sus dientes unos contra otros.

Volvió Salvador la cabeza como el perro ; pero nada vió. Entonces apoyó el oído contra la tierra, y oyó un ruido de pasos que se acercaba.

En seguida levantó la cabeza, y esta vez le pareció ver como un fantasma que seguía la calle y se iba acercando.

Brasil quería lanzarse gruñendo ; pero Salvador le cogió por la piel del cuello, y aplastándole sobre el suelo :

— ¡ En tierra, Brasil ! dijo, ¡ en tierra !

Y se acostó él mismo al lado del perro, cuidando de colocar su escopeta al alcance de su mano.

Entonces, por más que fuese el silencio, el oído más experimentado no hubiera oído ni el aliento del hombre ni el del perro.

Sonaron las doce en el reloj del campanario de Viry, y las vibraciones del bronce pasaron temblando por el aire.

CAPÍTULO XI.

POR QUÉ NO CANTABA EL RUISEÑOR.

La fantasma continuaba acercándose. Pasó á tres pasos de Salvador y fué á sentarse sobre el banco. Salvador pudo creer por un instante que era la sombra

de aquel cuerpo que algún crimen desconocido tenía acostado á sus pies.

Sin embargo, había oído ruido de pasos, y una sombra no hubiera pasado bastante para romper las ramas secas, para hacer resonar las hojas muertas.

No era, pues, una fantasma, sino una joven.

Sólo que no comprendía, cómo una joven vagaba á medianoche por un parque, y venía así sola á sentarse sobre un banco.

Un rayo de luna descendió sobre su rostro, y con aquel rayo pareció subir al cielo su mirada.

Salvador pudo ver su rostro, que le era completamente desconocido.

Era el de una niña de diez y seis años, de ojos azules y cabellos blondos, de tez llena de juventud y de frescura.

Sus ojos, dirigidos hacia el cielo, tenían la fijeza del éxtasis.

Sólo le pareció á Salvador, que sobre sus mejillas corrían lágrimas silenciosas.

En efecto, los felices duermen á aquella hora.

Rolando, que comprendía que no era un enemigo muy temible el que estaba allí, se había dulcificado.

Salvador miraba con más asombro que inquietud.

De repente pasó por el aire un nombre pronunciado á lo lejos. Estremecióse la joven, é inclinó la cabeza hacia el lado del castillo.

Salvador sintió que pasaba un estremecimiento bajo la piel de Rolando.

Comprendió que el perro iba á dejar oír un gruñido. Se acercó á él, y le dijo al oído :

— ¡ Silencio, Rolando !

Un segundo llamamiento hizo á la joven levantarse sobre sus pies.

Salvador no pudo menos de levantarse del suelo. Le habia parecido oír pronunciar el nombre de Mina.

Al cabo de cinco minutos, durante los que Salvador, la joven y el perro permanecieron todos tres tan inmóviles como estatuas, se oyó distintamente el nombre de Mina, lanzado al viento por una voz de hombre.

Salvador llevó la mano á su frente, dejando á su pesar escapar una exclamación de sorpresa.

Rolando levantó sus labios de manera amenazadora.

Pero Salvador, apoyándole la mano sobre la cabeza, le obligó á tender su cuello sobre sus dos patas, repitiendo la palabra *silencio*, con esa entonación prolongada y silbante que los animales comprenden tan bien.

Sin duda que si toda la atención de la joven no estuviera fija en otro punto, hubiera comprendido que pasaba algo extraño á diez pasos de ella.

Oyóse ruido de pasos apresurados que se acercaban.

Por un instante la joven pareció tener intención de lanzarse en el bosque para ocultarse en él ó huir; pero meneó la cabeza como si se dijese á sí misma:

— Inútil.

Y se volvió sentar.

Una exclamación anunció que estaba descubierta.

Entonces un joven pasó la calle con paso rápido, y Salvador reconoció al caballero que habia reconocido en el momento que se hallaba sobre la pared.

— ¡ Oh ! Providencia, murmuró, ¡ si fuera ella !

— ¡ Mina ! ¡ ah ! sois vos al fin, dijo el joven. ¿ Cómo estáis fuera á estas horas, sola, en medio del bosque, en el sitio más espeso y más salvaje del parque ?

— Y vos, caballero, ¿ cómo estáis á esta hora en esta casa, preguntó la joven, cuando estaba convenido que nunca vendríais de noche ?

— Perdonadme, Mina. No he podido resistir al deseo de veros. ¡ Si supieseis cuánto os amo !

La joven no respondió.

— Decidme, Mina, ¿ no tendréis compasión de mí ? Este amor es insensato, convengo, pero invencible. ¿ no encontrará gracia á vuestros ojos ? ¿ No sólo no me amáis aún, sino que no me odiáis menos ?

La joven guardó silencio.

— ¿ Es posible, Mina, que dos corazones latan uno cerca del otro, uno con tanto amor y otro con tanto odio ?

El joven quiso tomar la mano de Mina.

— Sabéis que también está convenido, Mr. Loredán, que no me tocaréis nunca, dijo la joven retirando su mano y retrocediendo sobre el banco, en el que el joven no se atrevió á sentarse.

— Pero, en fin, repuso visiblemente dominado por aquella glacial dignidad: decidme, ¿ por qué os encuentro aquí ?

— ¿ Queréis que os lo diga ?

— Os lo suplico.

— Pues bien, escuchad y veréis que nada tengo que temer de vos, puesto que cuando faltáis á vuestra promesa, el cielo me envía sus advertencias.

— Os escucho, Mina.

— Estaba acostada, dormía... Tan cierto como que os veo en este momento delante de mí, en pie, os vi abrir la puerta con una llave falsa y entrar; desperté, y estaba sola; pero me dije que ibais á venir. Me levanté, me vestí, salí al parque, y vine á sentarme sobre este banco.

— Imposible, Mina...

— Es verdad, decidme que habéis entrado en mi habitación con una llave falsa.

— Mina, perdonadme.

— Nada tengo que perdonaros. Me retenéis aquí á mi pesar, y permanezco porque me habéis dicho, que si huyese, la libertad y la vida de Justino correrían peligro. Pero sabéis también con qué condiciones permanezco. ¡Pues bien! ¡vos habéis faltado á esas condiciones, caballero!

— Mina, es imposible que hayáis podido adivinar que estaba en camino para venir aquí... prever que iba á entrar...

— Sin embargo, lo he adivinado, caballero, sin embargo, lo he previsto, y esto os ha evitado un remordimiento eterno, en el caso que podáis tener remordimientos.

— ¿Qué queréis decir?

— Que al veros entrar en mi habitación, me hubiera quitado la vida con este cuchillo.

Y sacó de su pecho una hoja fina y aguda, oculta en una vaina de tijeras.

El joven dió en el suelo con el pie un golpe de impaciencia.

— ¡Ah! sí, dijo Mina, comprendo, es cruel, ¿no es verdad? ser rico, omnipotente, burlar el código á su capricho, poder disponer de la libertad y de la vida de un inocente, cuando ese es criminal y decirse: Puedo todo esto, y no puedo impedir que esa joven se mate si la deshonro.

— ¡Oh! yo os lo impediré sin embargo

— ¡Vos me lo impediréis, vos!

— Sí, yo.

Y el joven, con un movimiento rápido, cogió la mano en que Mina tenía el cuchillo.

— Arrancándome esa arma, dijo Mina; ¡pues bien! esa arma no es más que un medio de muerte; quitado ese medio, me quedarán otros diez. ¿No hay el estanque que está enfrente del castillo? ¿no seré siempre libre para subir al segundo piso y arrojar me por la ventana sobre las losas del pavimento? ¡Oh! mi honor está bien guardado, os lo juro, porque está bajo la guardia de la muerte.

— Mina, ¡no haréis lo que decís!

— Tan cierto como que os odio, tan cierto como que os detesto, tan cierto como que os desprecio, tan cierto como que amo á Justino, tan cierto como que no amaré nunca más que á él; me mataré, caballero, en el día, en la hora, en el minuto que no sea ya digna de presentarme ante él. Después de esto, sois libre de guardarme aquí todo cuanto os agrade.

— ¡Corriente! dijo el joven, cuyos dientes oyó Salvador chocar unos con otros, veremos quién se causa primero.

— Será de seguro aquel con quien no está Dios, respondió la joven.

— ¡Dios! murmuró el joven, ¡Dios! ¡siempre Dios!

— Sí, sé que hay gentes que no creen ó que aparentan no creer en Dios, y si tuvieseis la desgracia de ser uno de esos hombres, caballero, os diría: miradme á ese rayo de luna que nos alumbra á los dos, yo la opresa, yo la prisionera, yo la esclava; ¡pues bien! soy yo quien estoy tranquila y vos quien estáis lleno de duda y de cólera. Hay, pues, un Dios, puesto que ese Dios permite que yo esté tranquila y vos agitado.

— Mina, dijo el joven lanzándose á sus rodillas, tenéis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

V. No. 1625 MONTERREY, MEXICO

razón, es preciso creer en Dios, que os ha hecho. Sólo me falta una cosa para creer en él, vuestro amor. Amadme, y creeré en él.

Levantóse la joven, y dió un paso atrás para alejarse de Loredán.

— El día en que os amase, dijo, ya no creería en él, puesto que preferiría, al honor y á la lealtad, la traición y el crimen.

— Mina, dijo el joven levantándose y afectando una calma que evidentemente estaba lejos de él, veo que es preciso que yo sea el más razonable de los dos; tomad mi brazo, y entremos otra vez en el castillo.

— Mientras que vos estéis en el castillo, no volveré á entrar en él, caballero.

— Mina, os juro que partiré en el instante que hayáis entrado.

— Partid primero, después entraré.

— Seréis causa de que haga cualquier desatino, exclamó el joven.

— Aquí, á la faz de Dios, dijo Mina señalando al cielo, no os atreveréis.

— ¡Pues bien! me voy, ya que me arrojáis; pero vos me llamaréis, Mina.

Mina sonrió desdeñosamente.

— Adiós, Mina. ¡Ah! si Justino se pierde, no culpéis á nadie más que á vos.

— Justino está como yo, bajo la guardia de Dios, y los malos nada pueden contra él, lo mismo que contra mí.

— Lo veremos. Adiós, Mina.

Y el joven se alejó rápidamente, lanzando una especie de rugido de cólera.

Al cabo de diez pasos se detuvo y se volvió para ver si Mina le llamaba.

Mina, de pie é inmóvil, ni siquiera se había dignado responder á su despedida.

Hizo Loredán un gesto de amenaza, y desapareció.

El fuerte acababa de romperse contra el débil.

Miróle Mina alejarse sin hacer un movimiento; pero cuando le hubo perdido de vista, cuando se hubo extinguido en lontananza el ruido de sus pasos; cuando se creyó totalmente sola y abandonada á su debilidad, sin duda el sentimiento de esta debilidad se presentó á su imaginación, porque volvió á dejarse caer sobre el banco como aniquilada, y sus lágrimas, contenidas durante toda aquella escena por el sentimiento de su dignidad, brotaron impetuosamente.

— ¡Dios mío! exclamó elevando con un movimiento desesperado sus dos brazos al cielo, ¡Dios mío! ¡no extenderéis la mano sobre mí, vuestra mano misericordiosa? ¡Ah Dios mío! bien sabéis que no es por mí, que no es por mi vida por lo que os imploro, sino por el que amo. Disponed de vuestra humilde sierva; pero gracia, perdón para Justino; la muerte ó una existencia de dolores para mí; pero salvad á Justino. ¡Señor! ¡Señor! añadió dejándose deslizar del banco y cayendo de rodillas; ¡Señor escuchadme! ¡Señor, respondedme!

En seguida, con un sollozo desgarrador:

— ¡Ay! ¡ay! ¡estáis demasiado lejos para oírme!

— No, Mina, dijo Salvador con una voz dulce y vibrante á la vez; os ha oído, y me envía á vuestro socorro.

— ¡Gran Dios! exclamó Mina levantándose espantada y pronta á huir, ¿quién está ahí, y quién me habla?

— Un amigo de Justino ; no tengáis miedo, Mina.

Pero á pesar de las palabras tranquilizadoras que acababa de oír, lanzó Mina un grito de espanto al ver salir de la espesura aquel hombre, acompañado de un perro de la magnitud desmesurada de los animales del Apocalipsis, que pretendía ser enviado de Dios y amigo de Justino.

Era verdaderamente una aparición fantástica, y la joven intentaba en vano explicársela : colocó sus dos manos sobre sus ojos y bajó la cabeza murmurando :

— ¡ Oh ! quienquiera que seáis, sed bien venido. Todo, todo, todo, antes que pertenecer á ese infame.

Y ahora el lector se explicará por qué no cantaba el ruiseñor en un parque, donde pasaban cosas tan terribles.

CAPÍTULO XII.

EXPLICACIONES.

Ya se ha visto, y es fácil comprenderlo, que el primer movimiento de Mina fué todo de espanto. Pero al oír la voz dulce y simpática de Salvador, al comprender que se había detenido á tres pasos de ella, y permanecía allí sin atreverse á avanzar, por miedo de redoblar su terror, dejó dulcemente caer las manos, con que se había cubierto el rostro, y sus ojos habiendo cambiado una mirada con los de Salvador, comprendió que, como había dicho el joven, allí estaba su salvación.

Segura entonces de entenderse con su amigo, fué ella la que franqueó la distancia que aún les separaba.

— Nada temáis, señorita, dijo Salvador.

— Ya veis que nada temo, caballero, puesto que soy yo quien vengo hacia vos.

— Y tenéis razón, porque nunca habéis tenido un amigo mejor, más tierno y más adicto que yo.

— ¡ Un amigo ! por segunda vez pronunciáis ese nombre, caballero, y sin embargo, yo no os conozco.

— Es verdad, señorita ; pero dentro de un instante me conoceréis.

— En primer lugar, ¿ hace mucho tiempo que estáis aquí ? dijo Mina interrumpiendo á Salvador.

— Estaba aquí ya cuando vinisteis á sentaros sobre el banco.

— Entonces habéis oído...

— Todo. Eso es lo que deseáis saber antes de responderme, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pues bien, creed que no he perdido una palabra de lo que os ha dicho Mr. Loredán de Valgeneuse ; ni una palabra de lo que le habéis respondido, y que mi admiración por vos y mi desprecio por él han crecido á la par.

— Ahora, caballero, una pregunta todavía.

— Deseáis saber cómo me encuentro aquí, ¿ no es verdad ?

— No, caballero, tengo fe en ese Dios que invocaba cuando os habéis aparecido, y creo que es la Providencia quien os ha colocado en mi camino. No (la joven dirigió una mirada de curiosidad sobre su traje de cazador, que no descubría ningún rango social), no ; quisiera sólo preguntaros á quién tengo el honor de hablar.

— ¡ Á qué fin deciros quién soy ? Soy un enigma, cuya palabra está en manos de la Providencia. En cuanto á mi